

PROTAGONISMO EN LA COMARCA DE LAS LETRAS  
HOMENAJE DE ADMIRACIÓN  
A DOÑA CECILIA HERNÁNDEZ DE MENDOZA

Feliz y oportuna la iniciativa de la Sociedad Colombiana de Escritores, P.E.N. Internacional, de rendirle este homenaje de admiración a doña Cecilia Hernández de Mendoza para destacar la alta significación que ella ha tenido en las letras y en la cultura de Colombia a lo largo de una vida tan meritoria como la suya, consagrada al estudio, a la investigación, a la enseñanza y al trabajo científico, en cuyo campo se ha destacado como verdadera autoridad.

Les agradezco a los organizadores de este acto que hayan asociado al Instituto Caro y Cuervo, como justo reconocimiento de la valiosa participación de doña Cecilia en la vida del Instituto, empresa que ella vio nacer y a la cual se vinculó desde el comienzo de las actividades, como investigadora y como profesora del Seminario Andrés Bello en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana, en la cual profundizó a lo largo de los años de tal manera que mereció el dictado de Maestra que espontáneamente le reconocemos y el título honorífico de Profesora Emérita que las directivas del Instituto le otorgaron cuando hizo dejación de la cátedra para dedicarse con exclusividad a los trabajos de estilística, a la investigación y a la dirección del Departamento de Literatura Hispanoamericana del mismo Instituto.

El homenaje que hoy se le rinde a doña Cecilia para poner de relieve su protagonismo en la comarca de las letras, requiere, a mi manera de ver, la precisión de las cualidades que exaltan su personalidad.

Doña Cecilia, por fuerza de su autodisciplina y de su formación, es antes que todo una humanista integral, no solo por el acervo de conocimientos adquiridos a lo largo de toda su vida, ni por el dominio que ha alcanzado en los campos de la Lingüística y de la Literatura, sino porque asimiló de tal forma los valores de esa *Humanitas* postulada por los clásicos, que es virtud que se trasparenta como tonalidad propia de su existencia y como un halo de dignidad que la especifica y la distingue. Desde su juventud vio, en sus maestros y en las altas personalidades que la distinguieron con aprecio, los espejos del verdadero humanismo: el presidente Santos, el profesor López de Mesa, el maestro de la crítica literaria don Antonio Gómez Restrepo, el magnífico rector del Colegio del Rosario, Monseñor Castro Silva, el gran humanista Hernando Martínez

Rueda, el profesor Pedro Urbano González de la Calle, el Padre Félix Restrepo S. I. y don José Manuel Rivas Sacconi, quienes, con su ejemplo y el de sus vidas y con la frecuencia del trato afectuoso y cotidiano, contribuyeron a modelar el alma de Cecilia y a encauzarla por la ruta del humanismo colombiano que ella hoy simboliza y personifica.

Así pues nada más justo que este homenaje que le tributamos a nuestra querida maestra, quien ha sabido cumplir enormes tareas al servicio de la educación, y que en su amplísima trayectoria ha tenido también la de ser precursora de la participación de la mujer en la universidad colombiana, pues su nombre figura en la historia de este país, como el de una de las primeras mujeres que se atrevieron a desafiar el orden cultural decimonónico, que constreñía a las jóvenes a aceptar una formación plegada al insuficiente espacio de lo doméstico, y por cuya causa la construcción de la República perdió el sabio aporte de lo femenino, con lo cual recibimos de nuestros abuelos un país que olía demasiado a macho y, quizás por eso mismo, a confrontación brutal, a impaciencia y a intolerancia.

Esa voluntad de rebeldía que Cecilia Hernández ha mostrado, contra las ideologías que inmovilizan social y culturalmente a nuestro país, puede explicar también su conducta insobornable y su manifiesta decisión de no vender a ningún precio el tesoro de sus ideas, ni la independencia con la que siempre ha expuesto su pensamiento, dos actitudes que son muy difíciles de sostener y para las cuales se requiere de un carácter íntegro.

El patrimonio espiritual e intelectual que ennoblece su presencia ha sido vital para el nacimiento y consolidación del Instituto Caro y Cuervo, que a sus 55 años de funcionamiento es considerado en el mundo hispanoamericano, y en distantes latitudes, como la entidad de mayor relieve en el campo de la investigación científica de la lengua.

Esta Casa del Saber le pertenece a Usted antes que a ninguno de nosotros, pues sus ojos la han visto emerger de la tierra, su inteligencia le ha dado lustre y distinción, su sentido crítico le han otorgado independencia, sus destacadas investigaciones le han ofrecido voz y renombre, su amor le ha transmitido calor humano y abrigo familiar, su presencia, Señora Cecilia, le ha dado señorío al Instituto, esto quiere decir respeto y merecida autoridad.

En un país de egomaniacos ella ha sabido estar en discreta y sabia penumbra. Cuando el tiempo llama a cada ser humano para que su vanidad sea superior a su destino, ella, Cecilia, ha construido —como diría el maestro García Márquez— mágicamente su persona. Y cuando hablo de su persona pienso en Scheler y su teoría de la persona.

Su inmarchitable elegancia nos acompaña. Mas su elegancia no es de ella, es nuestra, porque elegancia no quiere decir moda sino manera de

entender la vida y de construirla. Ella nos la enseñó. Cecilia, maestra de la elegancia; y para definirla con precisión la llamaría elegancia espiritual, señorío del alma.

Su ejemplar sentido clásico de la ironía, mezclado con la finura bogotana, que no suele ser entendida en su valer y en su valor, es un magnífico ejemplo de las posibilidades de la dialéctica de las palabras, técnica que ha dado origen a fundamentales hitos del conocimiento; como en uno de sus poemas, sus flechas son enamoradas flechas que nutren de amor y de amistad, con las que construyó el respeto a sí misma.

Como antes dije, hace un poco más de medio siglo cuando nadie creía en la posibilidad de construir un sueño, ella, Cecilia, lo realizó en unión del Padre Félix Restrepo S. I., del Doctor Rafael Torres Quintero, de Don José Manuel Rivas Sacconi y de algunos otros videntes. Los videntes parece que son sabios y el sueño se llama Instituto Caro y Cuervo.

Con el mismo fervor del alma y con la misma elegancia espiritual ha venido trabajando en este sueño —y repito la palabra *sueño*— con su lúcida discreción, discreción que no se opone a su laboriosidad de hormiga ni a su gesto de leona. Grande y difícil ejemplo. Ejemplo singular que señala una particular concepción de la vida. Ejemplo que enseña a soñar, a crear, a pensar y a entender a la comunidad de nuestra lengua.

Enjugándose la vida con la muerte hace ya algunos años escribió un hermoso, sentido y valioso libro de poesías. Poemas partidos del corazón y llegados al alma; libro estremecedor y bello que se asume en paz, es decir que se piensa como poesía. Cecilia hace del acto poético un lugar de amistad y sueño general y atrevida lo vende soñando que es un sueño. Cala el sueño y construye y se oculta en el tiempo, mas jamás deja de ser sueño evocado. Si tuviese que pensar en un nombre para la existencia de Cecilia Hernández de Mendoza la llamaría «Sueño Cumplido».

Pero más que eso, desde la perspectiva de nuestra amistad le diría amiga y la llamaría «Sueño Compañero», pues ha sido la gobernadora de una isla no siempre feliz, que se llama la investigación en términos literarios, y lo ha hecho al precio de su destino y de su vida.

Ahora cuando la envidiable juventud que la acompaña quiere regañarnos, nos hemos convocado para aprender también de ella que su espíritu ni claudica ni muere. Envidiable y maravilloso espíritu que no abandona la carne que lo nutre.

Quiero concluir pensando que en una esquina, vale decir en un lugar de la historia cultural colombiana, estará Cecilia y si, por afortunada fortuna, la muerte lo permite como nos lo ha permitido la vida, estaremos al lado de ella y con ella, pensando qué haremos para que nuestro trabajo sea valioso y fecundo. Ella tendrá la respuesta y nos dirá: “Aquí donde

estoy hay trabajo para todos, con una condición, que sean las normas del Caro y Cuervo, las que yo aprobé, aunque me parecen un poco anticuadas”.

Y nosotros, que deseamos estar al lado de su maravillosa independencia, gritaremos en coro: “Fundemos entonces una sucursal del empeño intelectual y del empeño cultural y del empeño científico”. Y ella dirá: “Para ser originales llamémoslo Caro y Cuervo”, y le pediremos con discreta esperanza que lo funde de nuevo y nos tocará invitar a Félix Restrepo, a Rafael Torres Quintero, a José Manuel Rivas Sacconi y a Luis Flórez, para con su palabra y su señorío y su ciencia, y con el sutil patrocinio de Cecilia, se pongan a trabajar en el Caro y Cuervo del después.

Pero, además, tengo que aprovechar esta bella ocasión para confesarle a Cecilia que su dignidad cultural ha sido el paradigma moral y ético del cual nos hemos copiado sin pedirle permiso; como buenos exégetas repetimos sus enseñanzas y consejos en un apostolado en el que tenemos la seguridad de NO haber superado a la maestra, pero en el que esperamos merecer el destino de llamarnos en toda época: sus eternos discípulos.

Una palabra final para decirle a Cecilia: Gracias por su trabajo, gracias por su amistad, gracias por su magisterio, gracias por habernos construído y gracias por ser nuestra.

IGNACIO CHAVES CUEVAS.

### UNA VISIÓN CIENTÍFICA DE LAS LETRAS Y LAS HUMANIDADES EN COLOMBIA: CECILIA HERNÁNDEZ DE MENDOZA

El reconocimiento científico que el mundo intelectual hace a los grandes humanistas, es una fuerza espiritual de significativas dimensiones que lleva a valorar su gran obra investigativa, a enaltecer su presencia en la Alta Cultura Literaria y a transmitir su legado humanista a las nuevas generaciones, con las ideas que conserva el relicario de su labor científica, con enseñanzas profundas que se transmiten a la posteridad.

Para nosotros los colombianos e hispanoamericanos, la académica Doña Cecilia Hernández de Mendoza es una de las grandes investigadoras de la filología hispánica y de la crítica literaria, con el rigor del método científico. Es una de las verdaderas Maestras de la Lengua y la Literatura Hispanoamericanas, que con labor humanística y pedagógica ha formado a las nuevas generaciones, que llevan en alto sus sabias enseñanzas.